

LA BIBLIOTECA ILUSTRADA

PERIÓDICO BISEMANAL CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
CONSTA DE TRES HOJAS CON 32 PÁGINAS ENCUADERNABLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE LA REMA, 45, PRAL. DRCHA. MADRID. - Apartado núm. 298
REDACTOR JEFE
DON LEOPOLDO GOTZÉNS

AÑO I
MADRID
NUM. 43
3 de Junio de 1903

SUSCRIPCIÓN
Madrid y provincias, 1 peseta al mes. - Extranjero, 15 francos al año.
ADMINISTRADOR
DON AMBROSIO ANTA

IDILIO ROTO

Estoy tranquilo, no te alarmes. Jamás ha reinado en toda mi persona más serena calma. Quiero olvidar y procuro distraer los oídos de mi imaginación, absorbiendo toda su actividad en el estudio ó recreo de cualquier incidente de mi vida. Mi corazón me parece contingencia terrena que debo aceptar resignado, sin cólera ni nervosismos de soberbio. Me he acostumbrado á creer que la justicia de los hombres es cosa que no admite protestas ni aun con lo más hondo y velado del pensamiento, y la acato completamente humilde, no quiero decir completamente mártir, porque se me antoja que tal concepto tiene en mí algo de despecho ó rebeldía. Yo no soy un mártir... ya lo sabes tú. ¡Soy responsable de una muerte!... La muerte suya, que á ratos creo venganza de honor ultrajado y crimen sin nombre. Mira, hablándote con toda franqueza, las más de las veces, desde muy poco después de empezar á cumplirse el castigo, creo lo segundo. Esa calma de que te hablo es la muerte de todas mis energías; ya no tengo fuerzas para llorar y mordirme los puños, y sufro en silencio, con el alma, sin que en mi rostro se observe señal alguna del interno pesar. Me parece que hasta lloro riendo. Por eso, aunque esta sospecha íntima de que no era culpable la pobre Sofía atenace mi espíritu con las torturas más horrendas, nada se trasluce al exterior. Dedico el día á trabajos y distracciones con absoluta serenidad y conciencia. Parece que dentro de mí viven dos actividades: la que debo al mundo y la que agoniza sin morir, encajonada, como Prometeo, á la roca de su amargura... ¡Si supieras cuánto luto por arrojar de mí esa idea! Quizás sea un egoísta si pienso que la mujercita merecía... eso... la puñalada (qué trabajo me cuesta decirlo), y que yo soy un caballero ofendido que hace de su honra un Dios inviolable... No sé qué hacer para que la calma de fuera domine dentro... La insistencia de mi espíritu, manoseando siempre esa duda, es una tortura más enorme que esa condena irrisoria. Para mí no, no es castigo perder la libertad del cuerpo; tengo en el alma una espina mayor, un fuego lento que me aniquila en fuerza de martirizarme... ¿Te acuerdas de mi casa, del idilio, como tú deoías? En todas mis cartas á mi madre dedico un trozo á recordar el tiempo en que fué. Es un consuelo algo parecido á pesadilla dulce y venturosa. Hablo de

mis amores, el poema de los poemas; aquellas pedaladuras de pava alrededor de la lumbre; horas de felicidad infinita... Ahora la noche, el dolor... el idilio roto... Raza miserable... ¡Humanidad!... Ya ves... yo tenía la ventura en las manos y la pisoteé... ¿La pisoteé ella?... ¿Tú qué sabes?... No lo sé yo tampoco... Dios únicamente... ¡Pobre idilio!... Ya no hay hogar, el sueño de toda mi vida. Años de lucha gigante para alcanzar el nido, y minutos de ofuscación para deshacerlo como juguete de china... Pienso también en esta pobre condición mía, desequilibrio incomparable de mi organismo, y recuerdo aquél tiempo de diferencias desconsoladoras entre mi alma y mi carne. La grandeza de aquella ahogada en la mazmorra estrechísima de su vestidura, débil, niña aún, falta todavía de eso que se llama *representación*. También entonces sufría; pero mi sufrimiento tenía mucho de sed ó hambre noble: quería llegar á la altura y carecía de fuerzas para preparar... Cuando llegué, la tierra se abrió y descendí al reino de las sombras. Me cegó una sospecha, oí en el mal, vi al reptil enroscado en la urdimbre del nido, aturdióme una falsa hidalguía y me enlodé; mi espíritu se hizo átomo invisible... Encerraron en un ataúd los restos del idilio, y la noche se hizo en torno de mí... Ya pasó el sueño; despierto en mi planeta; en el mundo mío; aquella vida de ventura era cosa sobrehumana, del otro universo que no tenía derecho á morar, y en el que el ruido de mis pasos levantaba huracanes de indignación. Llegó mi audacia á requerir de amores, creando culto idólatra, sacrilego y maldito á un ángel de aquellos espacios, sol de mi existencia, que redimía mi alma de una esclavitud bochornosa. Y el Dios de aquel orbe me desterró, arrojándome del Paraíso de mi hogar, santificado por mi amor, por el amor suyo, grande, inmenso... ¡Oh, tú, Dios de justicia! ¡Dime que me ha perdonado, que aún me adora y espera mi muerte para vivir siempre conmigo! Oigo una voz, como eco divino, que aolara la duda, infiltra no sé qué fulgor en mi cerebro, y parece abrir mi alma á otra vida, acaso á la vida suya de ahora... ¡Esperaba esta acusación que me absuelva! Ya hay calma dentro, quizás la calma de la muerte que me sublima... La mujerita me espera con los brazos abiertos... Esta afección mía no tiene cura. Según el doctor, hay lesiones. ¡El idilio vá á reanudarse en el cielo!...

J. MENÉNDEZ AGUSTE.

RECUERDOS

I
¡Qué dulces recuerdos!
¡Qué dulce nostalgia
al mirar mi casita entre pinos
inundan mi alma!
¡Qué gozo tan íntimo
en mi pecho estalla
cuando siento agolparse en mi mente
memorias tan gratas!
Allá entre el follaje
tranquila descansa,
cual paloma dormida en el nido,
mi casita blanca.
Pero ¡ay! que la muerte
blandió su guadaña,
y arrancó de aquel nido de amores
á mi madre amada.

II
Ya no hay alegría.
Mas ¡ay! la tristeza
y el dolor y la muerte en mi casa
sus reales asientan.

Ya no es la paloma
que descansa tierna;
es el nido que solo y sin vida
de la rama cuelga.

Desde aquel entonces
nada de mi pena
los dolores mitiga, sin nido
soy ave extranjera.

En vano á mi madre
llamo por doquiera,
pues que nadie responde á mis voces
ni escucha mis quejas.

Mas ¿qué digo, nadie?
De una losa negra
el mugriento epitafio me dice:
«Aquí duerme; reza.»

J. ZALBA DE LA VARGA.

Pamplona—5—903.

GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES

SABATINI

Carlos Casimiro Vicente Francisco, nació en Palermo (Italia) el 10 de Marzo de 1721, siendo bautizado el día 19 de dicho mes en la iglesia de San Nicolás.

Fueron sus padres D. Erasmo Sabatini, teniente coronel, y doña Teresa Giuliano, descendiente de los Conicelli.

En su ciudad natal, Francisco Sabatini estudió humanidades, filosofía y matemáticas, pasando á Roma para cursar arquitectura.

Siendo estudiante, en 1750, el Rey de Nápoles le concedió el grado de alférez de Artillería, y poco tiempo después contrajo matrimonio con María Cecilia, hija del famoso arquitecto D. Luis Vanvitelli, quien le nombró segundo director de las obras del Palacio de Caserta.

En 1756, habiendo terminado sus estudios, pasó á Nápoles con el grado de teniente y dió principio á su carrera artística, haciendo los cuarteles de caballería, la fábrica de armas de la Torre Anunciata y notables trabajos de saneamiento, cuyas obras le valieron ser nombrado socio de mérito de las Academias de San Lucas y de la de los Arcades de Roma.

Sabatini vino á España con el célebre monarca Carlos III, y el 21 de Junio de 1760 fué nombrado ingeniero ordinario, y el 4 de Agosto, debido á su justa fama, le eligieron Académico honorario de la Real de San Fernando.

Entre las numerosas obras realizadas en Madrid, por tan sabio ingeniero, merecen citarse el establecimiento de la fábrica de porcelana del Retiro, el sepulcro de Fernando VI en las Salesas, las Puertas de Alcalá y San Vicente, los Ministerios de Hacienda y de Marina, la iglesia de San Francisco el grande, las caballerizas reales y muy importantes trabajos de saneamiento y urbanización, como ordenar la limpieza y alumbrado de las calles y ser autor de las cubas para extraer las materias fecales de los pozos negros.

En Valladolid, reedificó los templos de las comendadoras de Santiago y el de Santa Ana; en el Pardo ejecutó reformas importantes en el Real Palacio; en Toledo, hizo un nuevo edificio para la Fábrica de armas; y en Segovia, el precioso altar mayor de la Catedral.

ADVERTENCIA

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con más frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten, y los defectos que manchan y oscurecen sus perfecciones forman un todo extraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí por su calidad y mérito, que difícilmente se hallarán reunidas en otra composición dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido más á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare, y del gusto que reina todavía en los espectáculos de aquella nación.

En esta obra se verá una acción grande, interesante, trágica, que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmoción y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y ad- quiere toda la agitación y movimiento trágico que la

52

F. SOLDEVILLA

—Está bien. No le ascribiré si tú no quieres, pero me acordaré de ti. Y tú, ¿qué harás?

—Yo, repuso con marcada intención la niña, estudiar mis lecciones... y bordar.

Ya entreabría los labios Rafael para preguntar á su compañera qué nombre iba á bordar durante aquel invierno, cuando asomándose D. Julián á una de las ventanas de la casa, exclamó con voz breve:

—¡Aurora!

La niña, amedrentada al escuchar la voz de su padre, y recordando sin duda los consejos que éste le había dado acerca de la diferencia de clases y del respeto con que debía tratar á Rafael, miró á su compañero con semblante tristísimo, nublándose por el llanto sus clarísimos ojos y echó á correr precipitadamente sin decirle adiós.

Sentóse Rafael junto al tronco de un álamo y rompió, también, á llorar amargamente.

¿Por qué lloraban aquellas dos inocentes criaturas? Ellos no lo sabían de cierto, pero los dos tenían sentimientos tristes.

Al día siguiente partieron á la corte.

Rafael ingresó en el colegio; empezó la niña sus lecciones, y el invierno transcurrió sin novedad alguna. Sin embargo, cuando al verano siguiente se reunieron en Navarribia, Rafael había de encontrarse muy grande.

Aurora, que tenía ya catorce años cumplidos, había sido vestida de largo. Estaba encantadora. Rafael, que también había crecido mucho, tuvo que hacer un gran

EL CURA LOCO

49

que su hija entrase en colegio alguno para que no perdiese el afecto á la familia, no creía que existiese el mismo inconveniente con respecto al pobre Rafael.

Afortunadamente este tenía, á pesar de sus pocos años, un sentido moral tan recto y un criterio tan claro que no obstante los trabajos de los padres para que apartara su pensamiento de las cosas terrenas y se dedicara á *finas más altas y perfectas*, tuvo cada día para su familia un cariño más acendrado y puro, y ya sabemos que la familia de Rafael, á más de su madre, la constituían D. Julián, y sobre todo, Aurora.

Más á pesar de todo, lo cierto fué que los dos amigos quedaron separados; y que no volvieron á verse hasta que las vacaciones les reunió de nuevo en Navarribia. Describir la alegría que los dos niños experimentaron cuando se vieron juntos, es cosa superior al humano esfuerzo.

Imaginense la satisfacción del piáaro atenido por el hielo cuando encuentra su caliente nido, y podrán tener de su contenido aproximada idea.

Abrazáronse con entusiasmo, besáronse con ingenuidad encantadora, saltaron, corrieron juntos por todas partes, aún á despecho del mandato de D. Julián, y cuando los primeros transportes de su alegría les tornaron la calma, dijo Aurora:

—¡Cuánto deseaba este año venir al pueblo!

A lo que contestó Rafael:

—Bien largo ha sido el curso. ¡Yo creí que no terminaba nunca!

Es autor de la carretera de Castilla y de la que une á Madrid con el Pardo, de disposiciones de interés general para el saneamiento de las grandes poblaciones y de varios proyectos para la defensa de la patria.

Sus méritos le valieron ser nombrado académico y socio honorario de numerosos centros científicos de Europa, y cuando falleció era consejero nato del Supremo de Guerra, teniente general de los Reales ejércitos, inspector general del Cuerpo de Ingenieros, comendador de Fuente de Maestro en la orden de Santiago y gentil hombre de Cámara de S. M.

Murió en esta corte el 19 de Didiembre de 1797, siendo su cuerpo sepultado en el antiguo Monasterio de San Martín.

ADOLFO POLUE

RETAZOS

La hermosura de mi Laura
no tiene comparación,
por ser la flor más bonita
que ha nacido en Aragón.

..

Marché buscando la dicha
y no la pude encontrar,
hasta que un angel me dijo
que en tí se vino á posar.

..

Te escribo, y no me contestas
te quiero y tú no me quieres.
¡Si como Laura son todas,
reniego de las mujeres.

FRANCISCO MONZÓN.

..

Siempre que mires verás
en el frac más elegante
que descubre por delante
y trae cola por detrás.

Pues semejanza le doy
con quien le suele traer,
porque puede acontecer
que ostentando el lujo de hoy
cubra miserias de ayer

EDUARDO SLOTER.

..

Las toses

Cuatro dientes te quedaron
si bien me acuerdo; mas dos
Elia, de una tos volaron,
los otros dos de otra tos.

Seguramente toser
puedes ya todos los días,
pues no tienen tus encías
la tercera tos que Lacer.

ARGENSOLA.

Las cuatro estaciones

A mi amigo y compañero D. Rafael A. Tolosa

I

La primavera comienza; los arbolillos se llenan de verdes hojas; los pájaros, contentos, gorgoran y emiten sus melodiosos trinos; la hermosura de la Naturaleza nos embarga y paraliza los sentidos al contemplarla con éxtasis. Todo es júbilo y alegría sobre la tierra; los viejos se sienten rejuvenecidos, y por las venas de los que empiezan la triste peregrinación de la vida, corre sangre nueva, igual en todo á la savia que circula por los tejidos de los arbustos comunicándoles vigor y lozanía.

II

El verano está en su plenitud. De los campos han desaparecido las doradas espigas á impulso del rudo golpe de la hoz. El caminante, fatigado, busca la benéfica sombra de algún cobertizo ó de un chaparro, donde se vea á salvo de los abrasadores rayos solares. A lo lejos, en medio de las eras, gáñanes de quemado rostro y desaliado tipo, dirigen las labores de la recolección, transformando en abundante cosecha aquellos montones de mies y logrando compensación á su excesivo trabajo.

III

A paso ligero se ha presentado el otoño. Igual que en la primavera se iban cubriendo los arbores de lozana y fresca vestidura, ahora esas hojas arrastradas por un fuerte é impetuoso viento, ruedan entre nubes de polvo, encontrando su lecho en los caminos y en las carreteras. El sol tiene un sello especial de melancólica tristeza; las viñas desposeídas de su sazonado fruto, presentan sus negras cepas, adquiriendo á los ojos del observador fantásticas proporciones. Todos los encantos y toda la poesía que respiraban los campos ya no existen, y solo se escucha el tranquilo sonar de las esquilas de las bestias, y la canción con que anima su trabajo el labrador, al dejar correr el arado por la tierra, trazando perfectos y alineados surcos. Y de nosotros se apodera el tedio y el aburrimiento, y como aquellas hojas, también son arrastradas en pos del desengaño, todas nuestras ilusiones y esperanzas.

IV

La nieve, en grandes copos, cae formando una sábana que todo lo envuelve. El huracán barre las calles. Al calor del hogar, los aldeanos, agrupados, hacen derroche de ingenio, narrando las tradicionales consejas del país. El lobo, obligado por el hambre, baja hasta la plaza del pueblo, aterrando con su aullido. Y solo turba aquella monotonía el silbido de la locomotora, atravesando con arrogancia aquellos matices de la sierra. Es que el calendario nos ha marcado el invierno...

ANTONIO HERRÁEZ ALONSO.

BRILLO DE LA ILUSION

Un grillo bullanguero, que entonces
su cántico monótono en un prado,
orgulloso exclamaba,

triturando una espiga entusiasmado:

«Hermosa es esta vida, que convida
á comer y á dormir;
si de este modo empieza nuestra vida,
¡qué bello debe ser poder vivir!
De mi cueva los amplios corredores
complázcome en cruzar de noche y día,
aspirando en la obscura galería
la brisa perfumada por las flores.
Del sol los rayos con placer recojo;
la noche me protege con su manto;
tan solo si me mojo
se tornan mis delicias en espanto.

«¿Qué más pedir, si así en la primavera
mi vida se desliza?»

Incauto el grillo, su charla bullanguera
prosigue, y con su canto escandaliza
de tal manera entusiasmado y loco,
que ni escucha ni ve. Dos granujillas
se acercaron callando, y poco á poco,
al fondo de una caja de cerillas
echaron el cantor improvisado,

.....

¡Cuántos hay en el mundo como el grillo,
que cantan, y en su afán desmesurado
no ven de la ilusión el falso brillo!

ABDÓN DONAZ.

DESDE LEGANÉS

El lunes 25 hubo una función magna en el Teatro-Casino de esta villa. Se puso en escena por segunda vez el precioso juguete *Las codornices*; también se repitió *Tute de novios*, se representaron *La campanilla de los apuros*, *Un marido infeliz* y se estrenó un gracioso monólogo, admirablemente hecho por el *insigne y redondo* Robles á cuyo autor, Sr. Gotzén, dará usted cuenta del aplauso unánime con que la distinguida concurrencia acogió su *Autor incipiente*. Para que nada faltara se intercaló un número de esgrima, fuera del programa, en el cual, Afrodísio, campeón de sable y los prevots de la sala de Carbonell, Isidra y Arandilla, tiraron varios asaltos con los distinguidos aficionados hermanos Salazar y Srea, S. Cristóbal y Mayoral, rayando éstos á gran altura.

Cuanto á la labor de los improvisados actores, baste decir que todos, todos absolutamente, cumplieron como buenos y escucharon aplausos merecidos.

Y hasta otra, que no se hará esperar, se despide de usted su buen amigo y activo corresponsal,

EL HORTELANO.

Leganés, Mayo.

PASATIEMPOS

Aun cuando nuestro deseo era publicar todos los logogrifos, geroglíficos, rombos, etc. etc. remitidos por los concursantes, y someterlos al fallo del público como

las charadas, son tantos los recibidos y tan estensos que en tres meses no termináramos su publicación.

En vista de esto han sido examinados escrupulosamente todos, y uno el considerado con derecho al premio, cuyo trabajo así como el nombre del autor, publicaremos en el próximo número á la vez que el de la charada que mas solucionistas ha tenido y los nombres de los que hayan remitido todas las soluciones, que á la vez también son acreedores al premio en cuestión. Sin perjuicio de esto los trabajos que nos parecen admisibles quedan en cartera para su publicación fuera de concurso, salvo que algún autor diga otra cosa en contrario.

Respecto al premio ofrecido del pasatiempo mas ingenioso, como son pocos los recibidos probable es que los sometamos al fallo de nuestros lectores.

El sábado próximo decidiremos.

NUESTRO CONCURSO LITERARIO

Lemas de los trabajos últimamente recibidos:

Liebesinsel.

Todo el año es carnaval.

Vivir para ver.

Oleés.

Educad é instruid.

El agente Carrascosa.

La mariposa.

¡De la Contral!

ESTAFETA

Lebrija.—D. A. L. de S.—Conformes, sí señor. En Libranza.

Oleés.—D. S. L.—Abonado fin de Mayo.

Bigastro.—D. J. M. G. R.—Certificado, sí señor; queda hecha reclamación.

Ibahrando.—D. R. L.—Conformes y servido.

La Mudarra.—D. A. O. L.—Se había pasado cargo de 1,50. Anotado pago hasta fin de Agosto, si no dispone otra cosa.

Benifallet.—D. J. C.—Recibidas tres pesetas. Conformes.

Paymogo.—D. J. S.—Id. íd.

Daya nueva.—D. J. L. P.—Abonado fin de Setiembre. Respecto al nuevo suscriptor que indica, conformes puede hacerse. Servido número.

Ferrol.—D. M. R. G.—Recibidas nueve pesetas. Conformes y gracias por su atención.

Alboc.—D. C. B.—Abonado 15 de Abril. Cargo en lo sucesivo.

Melilla.—D. C. J. C.—Recibidas 75/80. Como son tres pesetas abonado todos hasta 15 de Julio. Servidas páginas.

Gijón.—D. J. M.—Puede hacerlo directamente en Libranza del Giro mutuo.

León.—D. R. S. L. M.—Recibidas 16 ptas. Conformes.

Villanueva.—D. J. C. S.—Pasado cargo de Mayo y Junio tiene abonado fin Septiembre, si usted no dispone otra cosa.

Imprenta de LA BIBLIOTECA ILUSTRADA
Calle de las Infantas, núm. 42.

(1) Este juicio de MORRIS acerca del *Hamlet* no es mas se-
vero que el de otros críticos de la escuela clásica que han he-
cho profundos estudios sobre Shakespeare. Trásladémoslo aquí
el voto del hombre acuso mas competente entre las mismas in-
glesas. Samuel Johnson, que puso á las obras de su gran com-
pañero el prólogo mas admirable, y acompañó cada una de
ellas con observaciones tan breves como justas; al llegar al
Hamlet se explica así: «Si debiésemos caracterizar los dramas
de Shakespeare con las circunstancias que en cada uno más
preponderan y le distinguen de los demás, tendríamos que
»conceder al presente la palma de la variedad. Son tan nume-
»rosos sus incidentes, que su argumento daría materia á una
»larga novela. En sus escenas alterna constantemente lo diver-
»tido con lo patético; lo divertido, lleno de observaciones ju-
»stas é instructivas; lo patético, exento sin embargo, de toda
»violencia superior á la natural altura de los humanos senti-
»mientos. Van apareciendo sucesivamente caracteres diver-
»sos, que presentan variadas formas de costumbres y de len-
»guaje.

conviene, para caer después y mudar repentinamente
de carácter, haciendo que aquellas pasiones terribles,
dignas del colmo de Sófoles, cesen y den lugar á los
diálogos más groseros, capaces solo de excitar la risa del
vulgo. Llega el desenlace, donde se complican sin necesi-
dad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los
desata, amontonando circunstancias inverosímiles que
destruyen toda ilusión, y ya desmenuado el puñal de Mel-
pómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide
el interés y hace dudosa la existencia de una Providen-
cia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horren-
da catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la
amistad fiel, la tiranía, la adulación, la perfidia y la sin-
ceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se con-
funde en igual destroz (1).

— 6 —

51

EL CUPA LOCO

decía muchas veces que aprendiera las lecciones y no
pensara tanto en tí, pues tenía que tratarte con mucho
respeto... y por eso no se lo enseñé.

—¡Hiciste bien, pero ¿por qué se empeñarán en que
no seamos amigos?

—No sé qué decía de diferencias y de clases. Pero
no hagas caso. Eso no debía ir con nosotros. Vámonos
á jugar.

Y ligeros como corzos, alegres como ángeles y her-
mosos como querubines, se asieron de la mano y echa-
ron á correr por el jardín.

Aquel verano, ó más bien dicho, la felicidad que du-
rante él disfrutaron, les pareció breve como la luz del
relámpago.

Verdad es que D. Julián, temiendo los progresos que
la amistad de los niños hacía y la libertad que en el
pueblo gazaban, se volvió á la corte un mes antes que
por costumbre tenía.

La despedida de los dos amigos fué verdaderamente
seria y tristísima.

La víspera de la partida se encontraron en el jardín,
y Rafael dijo.

—¿Con qué mañana nos marchamos?

—Mañana—dijo Aurora.

—¿Y ya no nos veremos hasta el año que viene?

—Hasta el mes de Julio. ¿Ertudiarás mucho, Rafael?

—¡Oh, sí, mucho! ¡Tengo unas ganas de ser hombre

y acabar mi carrera!

—Yo también lo deseo. Pero no escribas mi nombre

en los libros, para que no te castiguen.

— 7 —

F. SOLDEVILLA

50

—Mucho. Desde la mañana hasta la noche, sin de-
jarlo más que los días de fiesta, que los pasábamos re-
zando y oyendo las pláticas de los padres.

—¿Y qué os decían en las pláticas?

—Qué se yo cuantas cosas. Una de ellas, la que re-
petían siempre, es que tengamos afectos mundanos;
que todos los carinos de esta vida son efímeros, y que
debemos romper los lazos que á la tierra nos unen para
no pensar más que en Dios y en nuestra perfec-
ción.

—¿Y tú les obedecías?

—Mira, dijo Rafael.

Y levántandose, puso sus libros delante de la niña.

Esta empezó á hojearlos, y en todas las planas halló
un nombre muchas veces repetido:

«Aurora.»

Y luego prosiguió Rafael:

—Algunas veces me han castigado por escribirle;
pero no me importaba. ¿Y tú, qué has hecho? ¿te has
acordado de mí?

—Espera—dijo á su vez la niña—y levántandose, y
andando con paso rápido y menudo como una perdiz
por la pradera, puso ante los ojos extasiados del niño
varios trozos de cañamazo, en todos los cuales, con
distintas clases de letras y variados colores, se veía
bordado un nombre, repetido hasta el infinito:

«Rafael.»

—¿Tú has hecho esto?—dijo el niño radiante de sa-
tisfacción.

—Yo sola. Y aún no lo ha visto nadie. Mi padre me

